



**Recreando el pasado:
Guía metodológica
para la memoria y la historia local**

Mario Garcés Durán

Santiago de Chile, Marzo 2002

ECO, Educación y Comunicaciones
Miguel Claro 2334, Ñuñoa
Santiago de Chile
Teléfono: (56/2) 269.82.11
Fax: (56/2) 269.82.13
E-mail: eco@adsl.tie.cl

Editoras:

María Angélica Rodríguez
Daniela Bello

Este documento ha sido publicado gracias a los aportes de CCFD – Francia y de OXFAM Gran Bretaña

INDICE

| | |
|---|-----------|
| Capítulo I | 4 |
| ¿Por qué la memoria y la historia son cuestiones relevantes en el Chile de hoy? | |
| - Nuestra traumática historia reciente..... | 4 |
| - Historia oficial y memoria de resistencia..... | 5 |
| - La memoria como un espacio de disputa por los significados del pasado y por la construcción del futuro..... | 6 |
| - De las memorias sueltas a las memorias emblemáticas: la problemática construcción de una “conciencia histórica nacional”..... | 8 |
| | |
| Capítulo II | 15 |
| La nueva historia social y los desarrollos recientes de la disciplina de la historia: | |
| - La historia tradicional..... | 15 |
| - La nueva historia: aportes y desafíos..... | 18 |
| - La historia oral y local..... | 20 |
| | |
| Capítulo III | 23 |
| ¿Cómo favorecer ejercicios de memoria individual y colectivos? | |
| - Todos hacemos la historia..... | 23 |
| - Métodos y técnicas para la historia oral y local..... | 24 |
| - ¿Qué método o camino seguir para hacer historia oral y local?..... | 24 |
| - Técnicas susceptibles de usar en una iniciativa de historia oral y local.... | 27 |
| - La entrevista individual..... | 27 |
| - La entrevista colectiva..... | 28 |
| - Talleres y encuentros con la memoria..... | 31 |
| - Concursos de historia oral y local..... | 32 |

Capítulo I

¿Por qué la memoria y la historia son cuestiones relevantes en el Chile de hoy?

Nuestra traumática historia reciente

En los últimos años, los debates en torno a la memoria histórica han adquirido un gran desarrollo en diversos medios, no sólo académicos, sino también sociales y políticos. Los debates en seminarios, encuentros y publicaciones se verifican tanto en los países del norte como del sur del mundo. En este contexto, la disciplina de la historia ha sido la más interpelada, ya que se trata de discusiones que interrogan uno de los objetos centrales de su quehacer: el pasado, aunque más precisamente, los modos en que el pasado es recordado por las sociedades y en consecuencia también, los modos en que el pasado está influyendo en las relaciones sociales del presente.

En Chile, la situación es tanto más urgente y compleja, como producto de los traumáticos efectos de nuestra historia social y política más reciente, la que se configura a partir del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973. En efecto, el golpe representó para la mayoría de los chilenos un antes y un después, ya que a partir de ese suceso, los militares y civiles golpistas, usando todos los recursos del “poder total” del Estado, actuaron en contra de la sociedad, en especial, en contra de esas mayorías populares que apoyaron al presidente socialista Salvador Allende y que protagonizaron uno de los procesos de cambio social más importantes de toda nuestra historia nacional. De este modo, en la década de los setenta, Chile vivió los efectos de un proceso revolucionario de transformación de la sociedad y los efectos también, tanto más agudos y perturbadores, de una contrarrevolución triunfante¹.

Chile se hizo conocido en el mundo del peor de los modos, como aquel pequeño país del sur de América Latina en que un grupo de militares y civiles en el poder se propusieron disciplinar a la sociedad, estructurando y poniendo en acción una verdadera maquinaria del terror desde el Estado. Se sucedieron entonces las más atroces formas de violación de los Derechos Humanos en nuestro país, cuando la “razón de Estado” devino en “razón de clase”, es decir, la política del Estado, a través de los militares, buscó realizar los intereses de los grupos dominantes chilenos. Ello, supuso en el mediano plazo –la dictadura se

¹ La contrarrevolución fue una “lucha faccional”, como lo han sostenido un grupo de historiadores chilenos, ya que “no se lucha por la unidad de la nación cuando se usan las armas de la nación contra casi la mitad de los connacionales; no se lucha por la dignidad de los chilenos cuando se violan los Derechos Humanos de miles de desaparecidos, centenas de miles de torturados, prisioneros, exonerados, etc.”. En: Sergio Grez, Gabriel Salazar, compiladores. Manifiesto de Historiadores. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1999.

prolongó por 17 años- reprimir al movimiento popular y la izquierda y dar lugar a un nuevo modelo de desarrollo económico -el modelo neoliberal- cuyos más nefastos efectos de desigualdad y exclusión social nos acompañan hasta hoy día.

Historia oficial y memorias de resistencia

Realizar estas grandes transformaciones desde el poder concentrado en el Estado, implicó para los militares y civiles en el poder desarrollar y desplegar los más diversos discursos y estrategias que hicieran legítima su acción, encubriendo o justificando la violación de los Derechos Humanos, así como las supuestas ventajas sociales de un nuevo modelo de desarrollo. El poder nunca actúa sólo por la fuerza y la coerción, sino que también siempre requiere convencer, lograr el apoyo de la población, razón por la cual necesita construir y difundir sus propias “verdades” que justifiquen su accionar, que den sentido a sus prácticas de poder. Esta acción de “convencimiento”, independientemente que se lograra, implicaba necesariamente construir un discurso histórico, es decir, requería moldear la memoria en torno a una suerte de “historia oficial”. Por ejemplo, “las fuerzas armadas fueron llamadas a actuar por la ciudadanía”; su acción fue “un pronunciamiento militar frente al caos que vivía la sociedad”; gracias a su intervención, “el país se libró de un mal mayor, en la medida que la actuación oportuna de las fuerzas armadas evitaron la guerra civil”; la violencia en la política “fue el producto del desquiciamiento de la izquierda”, etc.

Aparentemente, el discurso cívico militar golpista se fue imponiendo en la sociedad en la medida, entre otras razones, que la dictadura mantuvo un férreo control durante un largo período de bs medios de comunicación, así como del “discurso histórico escolar”. La represión, también prolongada en el tiempo como modo natural de gobernar de los militares, por cierto contribuyó, actuando de modo complementario, al convencimiento (parafraseando al escudo nacional, se gobernada por la razón y por la fuerza al mismo tiempo). De este modo, lo que no se obtenía como producto del consenso militar, se conseguía mediante la inhibición de la población civil para expresarse y para actuar, constituyéndose así una extendida “cultura del silencio y del miedo”.

Sin embargo, aún el supuesto “poder total” nunca es total, siempre hay fisuras, intersticios, espacios, por donde circulaban otras memorias, otros discursos históricos que contradecían al discurso histórico de los militares. Llamaremos a este proceso alternativo, de contestación al discurso oficial, “memorias de resistencia”. Una conocida filósofa alemana ha sostenido, luego de estudiar el caso de la Alemania nazi, que siempre alguien sobrevive para contar la historia², y que, en consecuencia, nunca el olvido es total. En el caso chileno, hay

² Arendt indica: “Las bolsas de olvido no existen. Ninguna obra humana es perfecta, y, por otra parte hay en el mundo demasiada gente para que el olvido sea posible. Siempre quedará un hombre vivo para contar la historia”. Arendt, Hannah, Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal. Editorial Lumen, Barcelona, Tercera edición, 2000. P. 352.

por cierto zonas muy oscuras de las que poco sabemos, por ejemplo, de las formas en que la DINA o la CNI hicieron desaparecer a muchos detenidos, aunque sí sabemos de las circunstancias que rodearon la detención y el mal trato que muchos de ellos sufrieron. Y así como hay zonas oscuras, hay otras mucho más claras y vivas, en especial las que tienen que ver con los procesos de reconstitución de organizaciones de base, como las experiencias asociadas a las comunidades cristianas, al desarrollo de nuevas organizaciones sociales populares, las ONGs y la reorganización y acción clandestina de los partidos políticos.

Desde estos espacios, en especial de los grupos populares organizados, siempre se resistió a la memoria oficial e incluso, a pesar del silencio y el encubrimiento que rodeó al propio golpe de Estado, también rápidamente se fueron estructurando en las comunidades populares, memorias propias de lo que esta experiencia significó. Es decir, a pesar de todos los dispositivos del poder del Estado para organizar una memoria oficial, la sociedad, y en especial la sociedad popular, generó también sus propios “dispositivos de memoria”. Muchos factores colaboraron en este proceso, entre los que se pueden señalar, la acción de la Iglesia Católica que, al adoptar una posición en defensa de los DDHH, no sólo creó organizaciones como la Vicaría de la Solidaridad, para atender a los perseguidos, sino que también la propia acción pastoral de sacerdotes, religiosas y laicos mantuvo viva la memoria de las luchas populares así como las denuncias sobre la violación de los Derechos Humanos.³

Por su parte, los partidos de la izquierda política nunca fueron totalmente desarticulados y allí pequeños núcleos de militantes fundamentaron y difundieron sus proclamas y acciones a partir de la memoria del pasado popular y en oposición a la dictadura. Por otra parte, más importante aún, toda la red de organizaciones populares que nacieron a fines de los setenta y que se multiplicaron en la década de los ochenta, fueron espacios de memoria de resistencia al régimen militar, y en ellas, sin lugar a dudas, la Educación Popular cumplió un rol fundamental recreando la memoria y favoreciendo el desarrollo de la cultura popular. Así por ejemplo, y entre otras iniciativas, desde ECO (Educación y Comunicaciones) se elaboraron diaporamas y material impreso sobre la historia del movimiento obrero en Chile y se diseñaron y realizaron en diversos lugares del país, “talleres de recuperación de la memoria popular”.

³ La Iglesia Católica chilena al reconocer a las nuevas autoridades militares condicionó la legitimidad de su acción al respeto de los Derechos Humanos de los vencidos. En este contexto, junto a otras Iglesias cristianas, creó primero el Comité para la Paz en Chile y luego la Vicaría de la Solidaridad, organización desde la cual se prestó apoyo social y jurídico a miles de perseguidos por el régimen militar.

La memoria como un espacio de disputa por los significados del pasado y por la construcción de futuro

Como ha sostenido el escritor uruguayo, Eduardo Galeano, en la “historia oficial” o no están o sólo están muy de paso las voces del pueblo, ya que se nos ha enseñado “una historia de machos, de blancos, de ricos y de militares”⁴. La historia de América Latina se ha escrito entonces, en gran medida, de espaldas a la experiencia del pueblo latinoamericano y, en este contexto, el pueblo siempre ha recurrido a su memoria como una forma de preservar su identidad. En este sentido, se puede afirmar que la memoria es consustancial al pueblo, recordar es una práctica histórica del pueblo, y otra cosa distinta, es que ella no haya sido debidamente valorada por los historiadores y tenida en cuenta como una referencia obligada para escribir la historia de América Latina.

A pesar, sin embargo, de la persistencia de la memoria, muchas personas piensan que en Chile lo que predomina es el olvido, el que por cierto ha organizado visiblemente muchos discursos oficiales de la transición a la democracia, a partir de esa conocida expresión: “el pasado nos divide, entonces miremos hacia el futuro”. El olvido, sin embargo, no es fácil ni convincente para ningún actor político o sujeto social implicado en la historia política chilena del último cuarto del siglo XX, y menos para esa mayoría de chilenos cuyas vidas fueron violentamente transformadas con el golpe de Estado de 1973. En verdad, más que olvido, lo que se nos ha propuesto desde el poder en el Chile de los noventa –el de la transición o retorno a la democracia- es la moderación de los discursos sobre el pasado de los diversos actores políticos, pero sobre todo, el silencio de aquellas memorias del cambio social de los sesenta y de la resistencia a la dictadura de los años setenta y ochenta. Es decir, más que olvido, lo que los discursos oficiales proponen es el silencio de los vencidos: el movimiento popular y la izquierda. Por otra parte, sin embargo, un segundo componente de los discursos de la transición, que tampoco es olvido, es la condenación de la violación de los Derechos Humanos durante la dictadura de Pinochet y la realización de “la justicia en la medida de lo posible”, como lo propuso el presidente Patricio Aylwin. O sea, en este caso, se trata de un olvido a medias, de acuerdo a las posibilidades de la justicia chilena, aunque también de las “operaciones políticas” acordadas en las altas cúpula del Estado (por ejemplo, enfatizar en los tribunales en los denominados “casos emblemáticos”, o producir acuerdos con los militares, como los de la “Mesa de Diálogo”, que permitió que las Fuerzas Armadas reconocieran que hubo violaciones a los DDHH y aportara n una información mínima e incluso poco útil para aclarar el destino de algunos detenidos desaparecidos).

De este modo, como se puede apreciar, el olvido oficial es bastante relativo, ya que sus énfasis están puestos en el silencio del movimiento popular y en la

⁴ Eduardo Galeano en entrevista en video realizado por Ataulfo Tobar. CEDEP, Quito, 1990.

realización parcial de la justicia, lo que en conjunto, en realidad, se ha orientado más bien a la configuración de una nueva forma de memoria, el modelamiento de una nueva “memoria oficial”, que selecciona, manipula e interpreta el pasado haciéndolo funcional al presente de la actual clase política y el Estado. Un presente que desde el poder se ha buscado organizar en torno a los requerimientos de un proyecto de “governabilidad democrática”, concebida como “governabilidad sistémica”⁵, es decir, aquella que hace posible la continuidad del modelo de desarrollo neoliberal y el equilibrio institucional a través del ejercicio de un régimen político débilmente democrático, con escasos canales de participación social popular y sustentado en una Constitución política autoritaria, heredada de los militares (la Constitución de 1980).

Que desde el poder se busque modelar una nueva memoria oficial y que desde los medios de prensa y la televisión se privilegien los discursos de los denominados poderes de facto (en especial de los empresarios y de las fuerzas armadas) no significa que ellos hayan ganado la batalla por la memoria, ya que los chilenos de pueblo también recuerdan, comparten cotidianamente sus diversas memorias y, en algunos casos, organizan iniciativas en favor de las memorias que no tienen espacio ni expresión en las instituciones del Estado o en los medios de comunicación masivos. En consecuencia, en Chile, la memoria histórica es un problema político como lo es de manera vinculada a ella, la difícil e inalcanzable reconciliación entre los chilenos. En efecto, la memoria es política por cuanto tiene que ver con la significación que otorgamos a nuestro pasado reciente, pero además, porque tiene que ver también con los déficit de justicia, de verdad y de democracia que han predominado hasta el día de hoy en nuestro país, aún después de una década de retorno a la democracia.

La memoria en Chile es política, además, porque se relaciona con los proyectos históricos que organizaron la lucha social y política del siglo XX. La elección de Salvador Allende en 1970 no fue sólo el resultado de una alianza eficiente de la izquierda a fines de la década del sesenta. Fue el punto de llegada de una estrategia de la izquierda chilena, ensayada porfiadamente y de modo perseverante desde los años treinta, y aún antes. Más que eso, fue el producto del más significativo movimiento social popular que se haya organizado en nuestro país para hacer más democrática e igualitaria la vida de la sociedad chilena. En ninguna otra época histórica, como la que se vivió en Chile en los años sesenta y

⁵ De acuerdo con José Luis Rebellato, en América Latina asistimos a una involución en los procesos de construcción de democracia, sobre todo a partir de la incompatibilidad entre neoliberalismo y democracia. Ello toma forma en “la aplicación de un modelo de gobernabilidad conservadora (o gobernabilidad sistémica), según el cual sólo importa mantener el equilibrio institucional, al atender sobre todo a aquellos actores sociales que los gobiernos consideran relevantes en el proceso social, como son los grandes empresarios, el capital extranjero y los sectores militares (...) Situarse desde la perspectiva de este modelo de gobernabilidad, exige excluir a los sectores sociales populares, así como a todos los temas y problemas que resultan incompatibles con dicha apuesta estratégica”. Rebellato, José Luis. La globalización y su impacto educativo cultural. El nuevo horizonte posible. *Mutiversidad* N° 8, Montevideo, 1998. En: Rebellato, J.L. *Antología mínima*. Editorial Caminos, La Habana, 2000. Pp. 60-61

setenta, el pueblo alcanzó tan altos grados de protagonismo histórico. Ocupó toda la escena e inició la transformación de todas las relaciones sociales, en la economía, la política y la cultura. Fue justamente esa experiencia la que en dictadura se buscó persistentemente demonizar, al punto de hacer creer a muchos sectores de la sociedad que todo fue un error, que todo fue desorden y caos y que, en consecuencia, era necesario e inevitable el golpe militar. En este discurso, que la derecha chilena ha intentado hacer dominante, la izquierda es presentada finalmente, como la responsable del golpe militar. Se trata del clásico recurso de la guerra en que se acusa al enemigo de provocar todos los males de la humanidad, proceso en el cual las víctimas son transformadas en victimarios.

Por otra parte, como es sabido, durante la dictadura, las declaraciones oficiales y los medios de comunicación de masas enfatizaron hasta el extremo los logros económicos y sociales, así como las ventajas del “orden militar” y del mercado, negando permanentemente las reiteradas violaciones a los DDHH. Hubo que esperar el retorno de la democracia, luego de grandes movilizaciones populares –las Protestas Nacionales de 1983-86 y el Plebiscito de 1988- para iniciar parcialmente la reconstrucción de la verdad y, hasta ahora, los chilenos conocemos “a medias” lo que efectivamente ocurrió en nuestro país en los años de la dictadura.

Incluso más, hubo que esperar la detención del ex dictador en Londres, en 1998, para que se reconocieran, más o menos oficialmente, los déficit de justicia y de verdad en que hemos vivido y en que probablemente seguiremos viviendo los chilenos. “Pactos de silencio” entre los militares, encubrimiento de los civiles, complicidad en muchos casos de los jueces, debilidad sino cooptación de los políticos democráticos, son todos factores que han inhibido o coartado las posibilidades de que la mayoría del pueblo chileno se enfrente a la verdad de su pasado.

Cada coyuntura, por su parte, ha permitido avances, pero también ha puesto interrogantes y nuevos problemas. Por ejemplo, mientras en la fase de dictadura los combates por la memoria y el respeto a los Derechos Humanos se orientaban principalmente en contra de la negación total de los abusos cometidos, hoy en día, cuando hasta la propia derecha reconoce la violación y los abusos, los debates e interrogantes se orientan mucho más a esclarecer sus causas, las huellas que dejaron en la sociedad, así como más ampliamente el significado y el contexto en que las violaciones se produjeron.

De las memorias sueltas a las memorias emblemáticas: la problemática construcción de una “conciencia histórica nacional”

En un trabajo reciente sobre la memoria histórica en Chile, el historiador norteamericano Steve Stern ha planteado, de un modo sugerente, una serie de reflexiones y proposiciones acerca de la memoria histórica de los chilenos. Su propuesta indica: (a) que todos participamos de diversas memorias sobre nuestras experiencias, que al no ser vinculadas con otras, o no trascender un ámbito muy personal, pueden ser definidas como “memorias sueltas”; (b) que en la medida que esas memorias se vinculan, se articulan con otras, en un dinámico proceso de interacción, van dando lugar a memorias colectivas o “memorias emblemáticas”. De este modo, señala Stern:

“Se construyen puentes interactivos entre las memorias sueltas y las emblemáticas a partir de coyunturas o hechos históricos especiales, a partir de los casos en que una o dos generaciones de gente sienten que han vivido, ellos o sus familias, una experiencia personal ligada a grandes procesos o hechos históricos, de virajes o rupturas tremendas, que cambian el destino”⁶.

Una memoria emblemática, precisa este historiador, más que un contenido específico, es un marco que da cabida y organiza a diversas memorias concretas y sus sentidos. Da un “sentido interpretativo y un criterio de selección a las memorias personales, vividas y medio-sueltas”.

A partir de este enfoque, Steve Stern identifica cuatro memorias emblemáticas entre los chilenos con relación al tiempo histórico reciente:

- La *memoria como salvación*, para la que el trauma fundamental se ubica antes de septiembre de 1973 en que la economía era un desastre, la violencia se volvía peligrosa y el país caminaba hacia la guerra civil;
- La *memoria como una ruptura lacerante no resuelta*, cuya idea central es que el gobierno militar llevó al país a un infierno de muerte y de tortura física y psicológica, sin precedentes en la historia y sin justificación moral, cuyas consecuencias aún no se resuelven;
- La *memoria como una prueba de la consecuencia ética y democrática*, en cuanto la dictadura interpeló la consecuencia de la gente, sus valores, identidades o compromisos éticos y democráticos;

⁶ Steve Stern. “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico Chile, 1973,1998)” pp. 11-33. En. Garcés et, al. editores, Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX. LOM ediciones, Santiago, 2000. P.13.

- La *memoria como el olvido o “caja cerrada”*, para la que los temas del “once” y de la violencia que éste trajo consigo, siendo importantes, pueden ser peligrosos si se abre la caja y se ventila lo que está adentro. Como el tema no tiene solución y abrirlo es un peligro, más vale cerrar la caja en aras de la tranquilidad y la reconciliación⁷.

Este planteamiento de Steve Stern representa una buena radiografía de las memorias que articulan y circulan entre los chilenos de hoy. Tal vez hay otras, especialmente entre las nuevas generaciones, y seguramente algunas se han transformado después de la detención de Pinochet en Londres. Las cuatro memorias que Stern ha identificado y descrito sirven para demostrar la tendencia de las “memorias sueltas” o personales para agruparse en ciertas memorias emblemáticas o colectivas. Y son justamente estas últimas las que constituyen el campo de batalla política, ya que mientras ellas coexistan en la sociedad disputarán permanentemente por hacerse hegemónicas.

Esta lucha por el derecho a narrar el pasado y sus significados, o por dominar “la conciencia histórica” de los chilenos toma forma política aún más concreta, en el sentido que se puede reconocer fácilmente en cada memoria emblemática o colectiva, a distintos actores y sujetos colectivos: los militares y la derecha; la izquierda y los sectores populares más directamente afectados por las violaciones de los DDHH; los sectores medios progresistas y la Iglesia; el gobierno y vastos sectores de la clase política. Las circunstancias históricas y los intereses particulares de cada uno de estos actores, por supuesto, da un carácter selectivo a la formación de su propia memoria.

Esta parcialidad o selectividad sólo se puede enfrentar y modificar con las necesarias investigaciones que permitan reconocer los “hechos históricos acontecidos”, con referencia a los cuales se deberán contrastar las memorias emblemáticas actuales, así como proponer nuevas lecturas o interpretaciones de nuestra historia nacional. Esta es una tarea pendiente e imprescindible, ya que necesitamos restablecer los vínculos entre la historia y la memoria social, clarificando las relaciones que han existido entre ambas y las que se pueden establecer en el futuro.

La disciplina de la historia, por definición, tiene que ver con el pasado de la sociedad y en consecuencia representa un modo en que la sociedad registra e interpreta su pasado. La historia, en este sentido, puede ser vista como *una forma sistemática de memoria* que debe cumplir con una serie de prescripciones científicas que la constituyen en memoria legítima para la sociedad. Los encargados de realizar estos actos de registro e interpretación son, en nuestros días, los “historiadores profesionales”. Sin embargo, independientemente de la acción de los historiadores e incluso muchas veces a propósito de los diversos límites de su labor (sus sesgos ideológicos, el carácter selectivo de sus estudios,

⁷ Stern, *op.cit.* pasim

su relación con el poder, etc.) son resistidos por sectores de la sociedad que desarrollan sus propios modos de recordar, o de otra manera, que crean y recrean sus propias memorias. Este es el caso de las memorias populares, que han debido permanentemente resistir a las “historias oficiales”.

Sin embargo, el asunto es aún más complejo para los historiadores, en el sentido que éstos han debido reconocer en los últimos años, que la memoria social tiene una dinámica propia, una lógica propia como parte de la producción cultural de cualquier comunidad humana. Los historiadores, ciertamente, pueden influir sobre la memoria, pero ésta es anterior a ellos, circula y se recrea permanentemente en las diversas clases y grupos de la sociedad. Entonces, se debe admitir que existen en la sociedad diversas formas de memoria, aquellas que producen articulada y sistemáticamente los historiadores y aquellas que producen los diversos grupos de la sociedad a partir de sus respectivas experiencias y prácticas socioculturales.

Las relaciones entre historia y memoria no han sido ni fáciles ni muy productivas hasta tiempos relativamente recientes. Por ejemplo, una forma de relación ha sido la de la mutua exclusión: la historia es ciencia mientras que la memoria social, recuerdos personales o anécdotas sin mayor trascendencia. Otra forma de relación ha sido la de la negación radical, sobre todo con relación a los pobres y los grupos sociales “subalternos” que, desde la historia, por mucho tiempo fueron considerados “sujetos sin historia”. Pues bien, estas formas negativas de relación entre la historia y la memoria social hoy en día están siendo completamente revisadas, y la historia, como disciplina, se ha visto obligada a reconsiderar el valor de la memoria en varios sentidos. En primer lugar, ha sido necesario valorar la memoria como una experiencia social significativa y relevante en la vida de las sociedades. Para Peter Burke, que ha trabajado en historia de la cultura, la memoria debe ser ahora considerada como un nuevo “objeto de estudio” de la historia⁸. En segundo lugar, la memoria, crecientemente, está siendo reconocida por los historiadores como una nueva “fuente” para sus estudios y elaboraciones sobre el pasado, es decir, una vía que hace posible acceder al pasado de un modo nuevo –con sus propias aportaciones y límites- en especial para conocer del pasado de grupos sociales populares o subordinados que dejan pocos o no dejan testimonios escritos (documentos) de su experiencia histórica.

Volvamos ahora sobre las relaciones entre historia y memoria en el caso chileno. Hemos sostenido, por una parte, que en Chile se ha vivido una permanente batalla por la memoria, que ha tenido expresión en diversos modos de constituir la historia oficial y las resistencias del pueblo para aceptarlas. Por otra parte, el trabajo de Stern nos hace visible la coexistencia de diversas memorias colectivas o emblemáticas, que afirmamos se construyen a partir de experiencias disímiles y de los intereses de cada grupo social con sus inevitables sesgos. En estos procesos, evidentemente está en juego a difícil y compleja

⁸ Burke, Peter. Formas de historia cultural. Alianza Editorial, Madrid, 1999. Pp. 68 y 69.

constitución de “una conciencia histórica nacional”, respecto de la cual, estamos enfrentados a un doble desafío: por una parte, se requiere que la disciplina de la historia dialogue con la “memoria social”, a efectos de que la historia no camine escindida de la experiencia y la subjetividad de las mayorías de la sociedad y de su evidente diversidad. Pero, por otra parte, se requiere también que la historia haga lo que le es propio como disciplina, es decir, que traiga al presente el pasado a partir del “hecho histórico”, ya que como ha sostenido el historiador inglés Edward Carr, no hay historia sin hecho histórico, del mismo modo que no hay historia sin interpretación del hecho histórico⁹.

Esta tarea, que es propia de la historia, es fundamental para poder interactuar con las diversas memorias de la sociedad y supone, por cierto, una paciente investigación en muchos sentidos aún no realizada. Interactuar con las diversas memorias colectivas puede permitir caminar hacia la elaboración de una conciencia histórica nacional, superando la parcialidad, así como los diversos auto engaños y manipulaciones del pasado. Por ejemplo, que Chile vivía una crisis profunda en los años sesenta puede ser perfectamente aceptado por la mayoría de los chilenos, pero que a partir de ello se justifique la violación de los DDHH en dictadura, no es posible de aceptar bajo ningún punto de vista, a menos que se niegue o minimice la magnitud de la violación.

Los desafíos para la historia no son menores, ya que debe ser capaz de contribuir no sólo a interrogar las memorias colectivas, sino que también a superar una idea dominante entre muchos chilenos, especialmente entre las nuevas generaciones, que creen que la historia se reduce al problema de hacerse parte de alguna “versión” sobre el pasado, que se puede elegir o comprar como se adquiere un par de jeans en una tienda. El historiador inglés Eric Hobsbawm, frente a esta visión relativista del pasado, que no sólo tiene expresión entre las nuevas generaciones, sino que en corrientes postmodernas que niegan la posibilidad de acceder a la realidad objetiva y que ésta exista al margen de nuestras pre concepciones, ha sostenido:

“... creo que sin la distinción entre lo que es y lo que no es así no puede haber historia. Roma venció y destruyó a Cartago en las guerras púnicas, y no viceversa. Cómo reunimos e interpretamos nuestra muestra escogida de datos verificables (que pueden incluir no sólo lo que pasó, sino lo que la gente pensó de ellos) es otra cosa.

En realidad, pocos relativistas son totalmente fieles a sus convicciones, al menos cuando se trata de decidir cuestiones como, por ejemplo, si el Holocausto hitleriano tuvo lugar o no. Sin embargo, en todo caso, el relativismo no vale en la historia más de lo que vale ante los tribunales de justicia. Decidir si el acusado en un juicio por

⁹ Carr, Edward. Qué es la historia. Ariel, España, Tercera edición (definitiva) 1987. Tercera reimpresión, 1995. P. 76.

asesinato es culpable o no depende de la evaluación de las tradicionales pruebas positivistas, si las hay. Cualquier lector inocente que se encuentre en el banquillo de los acusados hará bien en apelar a ellas. Son los abogados de los culpables los que echan mano de argumentos postmodernos para la defensa”¹⁰

Finalmente, aún una última observación sobre la interacción entre historia y memoria social en el caso chileno. Muchos debates sobre la memoria histórica en Chile se han venido realizando con una visible prescindencia de las voces del pueblo, lo que por cierto influye en que la experiencia histórica de las mayorías no ingrese al espacio público. En efecto, en éste, especialmente en la televisión, habitualmente los actores que intervienen son el gobierno, los militares, los dirigentes políticos oficialistas y de la oposición, y sólo, muy de vez en cuando, las Agrupaciones de víctimas de la represión. Entre estas últimas, evidentemente la Agrupación Nacional de Detenidos Desaparecidos ha jugado un papel fundamental, admirable y respetado por amplios sectores ciudadanos, ya que ha sido el principal actor que tanto en su práctica y en su discurso ha logrado mantener vigente la lucha por la verdad y la justicia en Chile, tanto en dictadura como en democracia. Sin embargo, aún valorando su acción, se requiere que otros actores populares incidan e influyan en la escena pública haciendo visible y tematizando el debate con las experiencias de la mayorías populares. Sin esta intervención, es decir, si no se potencian las voces del pueblo, los debates sobre la memoria histórica de los chilenos no sólo reproducirán los límites históricos de la historiografía, sino que permanecerán atrapados en la polarización que inevitablemente se produce entre las “historias oficiales” y las “memorias de resistencia”.

Por otra parte, desde el punto de vista de los sujetos populares, si éstos no pueden referir sus experiencias pasadas y presente a una “historia propia”, que se constituye poniendo en diálogo sus memorias con la historia, inevitablemente verán limitados los horizontes de su propia acción histórica así como debilitadas sus propias identidades.

¹⁰ Eric Hobsbawm, Sobre la historia. Editorial Crítica, Barcelona, 1998. P. 8.

Capítulo II

La Nueva Historia Social y los desarrollos recientes de la disciplina de la historia

La historia tradicional

La mayoría de los chilenos hemos sido socializados en una visión tradicional de la historia, tanto en lo relativo a sus temas y enfoques como a sus métodos. Y, en ciertos aspectos, el énfasis desmedido y con fines ideológicos que se puso en esta historia en los años de dictadura, llevaron como parte también de la de la resistencia cultural al régimen, a desvalorizar por completo los relatos y narrativas tradicionales. O'Higgins y Prat probablemente, como producto de estas prácticas de la historia, han descendido al punto más bajo de su prestigio, sobre todo en las nuevas generaciones. Pero, más allá de estos magros resultados de la "historia oficial" en nuestro país, es evidente que la historia tradicional, y no sólo en Chile, ha hecho evidente desde hace ya varias décadas sus límites en el desarrollo de la disciplina.

La historia, como sostuvo Cicerón, puede ser definida como "maestra de vida" (*magister vitae*), pero también, como agregó el mismo filósofo, como "memoria de vida" (*memoria vitae*). En ese sentido, la historia es una "forma de memoria," sistemática, organizada según prescripciones que los historiadores han ido desarrollando a través del tiempo. Pues bien, el problema es que, como hemos visto en el capítulo anterior, ocurre muchas veces que esta historia debidamente formalizada y reconocida (la que escriben los historiadores) se aleja y toma una distancia crítica de otra memoria, la de la sociedad en un sentido más amplio, que podemos llamar "memoria social". Es en estos casos extremos que la historia se hace "historia oficial" y la memoria social deviene en "memoria de resistencia".

Sin embargo, la historia como disciplina ha experimentado importantes desarrollos durante el siglo XX, que han buscado acortar las distancias entre una historia separada de la experiencia de la mayoría social, sobre todo de aquellos sectores que por mucho tiempo fueron considerados "sin historia". En efecto, como sostiene el historiador inglés Peter Burke, en el desarrollo de la disciplina de la historia, se pueden reconocer al menos dos grandes movimientos historiográficos en los siglos XIX y XX¹¹. El primero, que se estructura en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, puede asociarse al paradigma o concepción tradicional de la historia, mientras que el segundo, que se estructura en Inglaterra y Francia durante el siglo XX, puede asociarse al paradigma o concepción de la denominada Nueva Historia Social.

¹¹ Peter Burke, Formas de hacer historia. Alianza Editorial, España, 1991, pp. 11 y ss.

De acuerdo con Burke ¿cuáles serían las diferencias que caracterizan tanto a la historia tradicional como a la Nueva historia?

- En primer lugar, en la historia tradicional, el objeto de la historia es la política y, en consecuencia, otras áreas de las prácticas sociales –la historia del arte o de la familia- eran consideradas de modo secundario. Para la Nueva Historia, en cambio, “todo tiene historia” y en consecuencia, ella ha ampliado el campo de estudios y de preocupaciones para el historiador;
- En segundo lugar, si para la historia tradicional es fundamental la narrativa de los hechos históricos, para la Nueva Historia social adquirieron la mayor relevancia los procesos, las estructuras y la noción del “tiempo largo” en la historia;
- En tercer lugar, si para la historia tradicional el papel principal lo jugaban los grandes hombres que protagonizaban también grandes hazañas, es decir, era una historia que se escribía “desde arriba”, para la Nueva Historia es tanto más importante el papel que juegan en la historia la gente común y los movimientos sociales de base que han encarnado los trabajadores, las mujeres y, más ampliamente, los movimientos populares. Es en este sentido, que en Inglaterra se comenzó a desarrollar en los años setenta una corriente historiográfica denominada: “la historia desde abajo”;
- En cuarto lugar, según las prácticas tradicionales, la historia debía basarse en “documentos” (lo que representó un significativo avance para la disciplina en los siglos XVIII Y XIX), sin embargo, para la Nueva Historia, en la medida que amplió su campos de interés, debió también ampliar el campo de sus fuentes, valorando, por ejemplo, el testimonio y la historia oral;
- En quinto lugar, también se han modificado los modelos de “explicación histórica”, en el sentido de transitar desde las motivaciones individuales a las colectivas, o de superar las formas esquemáticas asociadas a la “causalidad” de los acontecimientos;
- En sexto lugar, la noción tradicional –y además más corriente de la historia- es que ésta es objetiva (una noción asociada al historiador alemán Leopoldo von Ranke, que acuñó la famosa máxima de que al historiador correspondía “narrar los hechos tal cual ellos fueron”). Este ideal, hoy es visto, dice Burke, como una quimera, en el sentido que por mucho que se luche en contra de los prejuicios sociales, raciales o políticos, éstos inevitablemente intervienen en los modos que el historiador se aproxima a los hechos que investiga.

- Finalmente, en séptimo lugar, también desde la corriente de la Nueva Historia, en diversos momentos se ha puesto en tela juicio la idea de que la historia es sólo obra de los profesionales de la disciplina, estimulándose, de este modo, el propio auto conocimiento de los grupos de base. La historia se ha propuesto también “democratizarse” en cuanto a quienes dedican esfuerzos para preservar la memoria de la sociedad.

Este listado de oposiciones entre la historia tradicional y la Nueva Historia, aunque es pedagógico, es también ciertamente esquemático y no establece las diferencias que han existido entre las diversas corrientes de la Nueva Historia¹². Sin embargo, hace evidente que la disciplina de la historia ha venido viviendo un profundo proceso de cambio y enriquecimiento en las formas de mirar y comprender el pasado. Se ha ampliado su “objeto de estudio”, las fuentes a las cuales recurrir y se han complejizado los modelos de explicación o de comprensión del pasado.

Para las iniciativas de memoria y de “historia local” que se desarrollan en nuestro medio, parece muy importante poner en discusión los significados que la gente otorga a la historia, ya que, en muchos casos, en la medida que el paradigma tradicional ha servido de la base para las “historias oficiales”, lo más probable es que el sentido común de la historia se presente asociado a la forma más tradicional de concebir la historia. Es decir, la historia tiende a ser vista y concebida como acontecimientos importantes que encarnan sujetos o personajes relevantes del ámbito político, militar o religioso. También, es común que la noción corriente de la historia la vea como “el relato o descripción objetiva de los hechos del pasado”, sin considerar todas las mediaciones que influyen en el historiador y en la práctica profesional de la historia.

Como indica Raphael Samuel, tal vez el siguiente poema de Bertolt Brecht nos indica con más claridad algunos de los desafíos y las preguntas que necesitamos hacernos respecto de las formas tradicionales de la historia:

¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?
 En los libros están los nombres de los reyes
 ¿Fueron ellos, pues, quiénes levantaron los bloques de piedra?
 Y Babilonia, tan a menudo destruida,
 ¿quién la reconstruyó una vez y otra?

¹² En las oposiciones que nos propone Burke, no establece por ejemplo, que corrientes significativas de la historiografía del siglo XX, como la Escuela de los Anales en Francia, efectivamente enfatizó en las estructuras, los procesos y el tiempo largo de la historia, mientras que la corriente inglesa, conocida como “historia de los de abajo”, revaloró la narrativa histórica así como la historia de la vida cotidiana, del barrio, de las identidades, de la subjetividad y la cultura. También, a propósito de los modelos de explicación histórica, tampoco es tan simple la oposición entre las motivaciones individuales y colectivas, como lo puso de manifiesto J.P. Sartre en su tiempo, criticando al marxismo desde el existencialismo, para revalorar , entre otros, el papel del individuo en la historia.

¿En qué casa vivían los constructores
en la Lima rutilante de oro?
¿A dónde fueron los enladrilladores
la noche en que quedó terminada la Gran Muralla de China?
La Gran Roma está llena de arcos de triunfo.
¿Sobre quiénes triunfaron los Césares?
¿Había sólo palacios para los habitantes de la my cantad a Bizancio?

Incluso en la legendaria Atlántida
¿acaso los que se ahogaban llamaban a gritos a sus esclavos
mientras los océanos los engullía?
El joven Alejandro conquistó la India.
¿El sólo?
Cesar batió a los galos
¿Sin un cocinero siquiera?
Felipe de España lloró cuando se hundió su flota.
¿Acaso nadie más lloró?
Federico el Grande ganó la guerra de los Siete Años.
¿Quién la ganó con él?

Una victoria en cada página
¿Quién preparó el banquete de la victoria?
Un gran hombre cada diez años.
¿Quién pagó los costes?

Tantos informes
Tantas preguntas¹³

La Nueva Historia: aportes y desafíos

La Nueva Historia Social es una corriente vigorosa que ha abierto nuevos horizontes a la disciplina de la Historia, al tiempo que también ha complejizado su quehacer. Así, por ejemplo, los estudios de la Revolución Francesa, ya en los años setenta, abrieron nuevas perspectivas para reconocer el papel fundamental que jugaron en ella los grupos populares parisinos (los sans culotte) en el proceso revolucionario. Los estudios de Edward Paul Thompson, por su parte, sobre la formación de la clase obrera inglesa no sólo modificaron las visiones dogmáticas o tradicionales del marxismo, sino que este historiador nos acercó a la vida y la historicidad del pueblo inglés con todos sus matices y particularidades. E.P. Thompson insistió en que “la clase era una relación y no una cosa”, una experiencia vinculada a las relaciones de producción en la que los hombres nacen o en la que entran de modo involuntario, mientras que “la conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales”. Este es un

¹³ En: Raphael Samuel ed. Historia popular y teoría socialista. Ed. Crítica, España, 1984, pp 39-40.

problema histórico, que podemos reconocer en procesos y tiempos suficientes de cambio social en que se hacen visibles pautas de relaciones, ideas e instituciones. La clase, indicaba Thompson, “la definen los hombres (y mujeres) mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición”¹⁴.

En el caso chileno, toda una corriente de historiadores, a partir de los años ochenta, ha venido abriendo y constituyendo nuevos temas y perspectivas para la historia social, en especial para la historia popular, estudiando las condiciones de vida y la historicidad de los peones e indígenas desde los tiempos coloniales, de obreros y pobladores en el siglo XX, de las mujeres que comienzan a develar sus propias memorias e historias de sometimiento y resistencia, de los cristianos que han transformado las Iglesias para comprometerlas en las luchas de liberación, de los jóvenes que han jugado roles relevantes en coyunturas críticas de nuestro pasado. Desde estos enfoques e investigaciones, se ha venido mostrando la conflictividad de la historia chilena ya que, como indica Salazar, la historia social no puede sino dar cuenta del “desgarramiento interno de la nación”¹⁵.

Pero, no sólo se ha tratado de la producción de una nueva historia desde la práctica profesional de los historiadores, sino que también se han venido desarrollado en Chile diversas iniciativas de historia local, desde las propias bases y con el apoyo de ONGs y de profesionales de la historia y las ciencias sociales. Historias del barrio, de la población, de las organizaciones sociales que indagan en la memoria del pueblo en torno a las experiencias del pasado buscando “encontrarse con las raíces”, con lo propio y con aquello que los identifica, como las iniciativas que les permitieron dar origen a sus poblaciones tomando sitios y obligando al Estado a desarrollar políticas sociales eficientes, sus iniciativas de resistencia en tiempos de dictadura, los líderes que dejaron huellas, la acción de la Iglesia y de los partidos políticos populares¹⁶. En todas estas iniciativas se ha recurrido al testimonio individual y colectivo de personas y grupos que han jugado roles protagónicos en la historia popular reciente. En todos estos casos se ha recurrido a la “historia oral”.

La Historia oral y local

Entre los nuevos desarrollos que ha vivido la disciplina de historia, en el contexto de la Nueva Historia Social, sin lugar a dudas, la historia oral ocupa un lugar muy relevante. En efecto, en la misma medida que la historia ampliaba los temas de investigación y sobre todo, que ponía atención a “los de abajo”, fue necesario ampliar y enriquecer los enfoques, los métodos de investigación y las fuentes a las cuales recurrir. El relato o testimonio oral comenzó entonces a ganar

¹⁴ E. P. Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra. Ed. Crítica, España, 1989 Vol. I, prefacio, pp. XIV y XV.

¹⁵ Gabriel Salazar Labradores, peones y proletarios. Lom edic. Santiago de Chile, 199. P.

¹⁶ Mario Garcés, Beatriz Ríos y Hanny Suckel Voces de Identidad. Propuesta metodológica para la recuperación de la historia local. Edic. CIDE, ECO, JUNDEP. Santiago de Chile, 1994, p. 12.

prestigio y a ocupar un lugar cada vez más importante en la historia y también en otras disciplinas de las ciencias sociales.

Sin embargo, este no ha sido un camino fácil, por cuanto la historia oral, como corriente en la historia, ha debido enfrentarse a las más férreas tradiciones de los historiadores que sólo confían en el “documento escrito” como su principal medio de prueba o fuente para la historia. Para los historiadores tradicionales no hay historia sin documentos, ya que son éstos los que permiten afirmar o no la veracidad de los hechos del pasado. Desde este punto de vista, la principal crítica o el principal reparo que ponen los historiadores tradicionales al testimonio o al relato oral es la de su dudosa veracidad.

La memoria es selectiva, se afirma, pero además es siempre “una puesta en escena”, en el sentido que el entrevistado acomoda sus relatos de acuerdo con el contexto en que se encuentra o de la persona que tiene al frente como entrevistador. Admitiendo que mucho de esto es verdad, también es cierto que los documentos escritos no están exentos de problemas semejantes. En efecto, como lo han puesto de manifiesto distintos historiadores, los documentos escritos “no son mandatos de Dios escritos en piedra, como los mandamientos de Moisés”, sino que han sido producidos en sus respectivos contextos e intereses de personas o grupos concretos. Por ejemplo, un parte policial con relación a una manifestación popular, revela normalmente el punto de vista del Estado, de los llamados “procedimientos policiales”, o incluso, del partido en el gobierno. Pero, yendo incluso más lejos, estos informes son el producto de actos previos de oralidad. Como indica la historiadora Jody Pavilack:

“... las fuentes escritas, tan queridas por los historiadores, siempre han sido construidas por la mediación de múltiples actividades humanas y, en el seno de estos procesos humanos, encontramos la oralidad. Los archivos de tribunales derivan de conversaciones entre jueces, abogados, demandantes y acusados. Los registros civiles son productos de interacciones orales entre las personas que se casan, que dan a luz bebés, que mudan de dirección, con las personas que offician, autorizan, confirman estas actividades en la vida humana. Los artículos de prensa proceden de variadas formas de expresión verbal, desde las articulaciones de los participantes en un acontecimiento a su reconstrucción oral por los testigos que las escuchan, y las posteriores conversaciones entre el reportero y su jefe sobre la conveniencia o no, de que el diario publique tales expresiones en tal momento. O sea, como nos señala Alessandro Portelli, detrás de toda fuente escrita, aún la más oficial, encontramos múltiples interacciones orales”¹⁷.

¹⁷ Jody Pavilack, “La historia oral: trayectoria, innovaciones y la crítica de los historiadores” Ponencia presentada al Taller de Historia Oral e Historia Local en el Centro Martin Luther King, La Habana, febrero de 2000.

Desde esta perspectiva, podría afirmarse que, en última instancia, todo es oralidad, así como que el documento escrito no es *per se* garantía de veracidad, amén de que el problema de “la verdad” en la historia es un viejo problema respecto del cual hay que reconocer variados puntos de vista. Pero, la historia oral o el trabajo directo con el testimonio de personas de carne y hueso, ha permitido el encuentro con un aspecto muy importante de la experiencia humana, que tenía poco espacio en las historias tradicionales: el encuentro con la subjetividad. Tal vez, este sea el mayor problema para los historiadores tradicionales.

Cuando hacemos entrevistas, sean éstas individuales o colectivas, en alguna iniciativa de historia oral, no sólo nos encontramos con “hechos históricos” (tal día y el tal lugar ocurrió tal cosa), sino que también con los sentidos y significaciones que nuestros entrevistados otorgan a los hechos vividos. De igual manera, en la medida que recuerdan hechos del pasado, surgen sentimientos y emociones que incluso pueden chocar con la línea racional con que tendemos a narrar nuestras memorias. La memoria, en este sentido, es un ir y venir del presente al pasado y viceversa en el que nuestros entrevistados “recrean” su pasado, sus experiencias y, más ampliamente, sus vidas. La memoria no es como una fotografía del pasado en un sentido positivista, es una recreación de la experiencia en que el sujeto elige lo que nos va a narrar. En este o estos actos de elección, hay claves fundamentales con relación a los modos y a los sentidos de la memoria, en cuanto se nos indica qué es lo que se quiere recordar y los por qué es necesario recordar.

De este modo, cuando el historiador oral realiza sus entrevistas, se va a encontrar con el relato de hechos históricos, pero, en el mismo acto, con el hecho social de la memoria, es decir, se va a encontrar con *los modos en que la sociedad o los grupos recuerdan*. Así, por ejemplo, en mis investigaciones en el campo poblacional de Santiago sobre el golpe de Estado de septiembre de 1973, he podido verificar lo siguiente. Durante el golpe de Estado, la política de los militares golpistas fue la inmovilización del pueblo, al que se le ordenó volver a sus casas y permanecer en ellas, mientras, paralelamente, toda la información acerca de lo que ocurría en el país era controlada y regulada por los periodistas afines a los militares. En este contexto, parte importante del pueblo –en las poblaciones- vivió el golpe al interior de sus casas. Lo que vieron, literalmente hablando, era lo que podían ver a través de las ventanas de sus casas y entonces vieron fragmentos –un joven que corría, una patrullera o una tanqueta que cruzaba su pasaje- y lo que no vieron, lo oían: disparos que interrumpían el silencio de la noche, helicópteros que se desplazaban por los cielos de su barrio. Y lo que no vieron ni oyeron, lo supieron por el relato de sus vecinos, del hijo que retornó más tarde desde su lugar de trabajo o de estudio, de la vecina cuyo marido no regresó, del pariente que fue detenido en el sur, etc.

Todo esto no significa que estas personas que vivieron parte importante del golpe detrás de sus ventanas, no tengan recuerdos del golpe ni memorias que fueron recreando en sus comunidades. Pero claro, se trata de memorias fragmentarias –pensemos ahora la ventana como metáfora- desde ella no se

podía ver el conjunto y muchas personas no pudieron formarse una idea de conjunto del golpe mientras éste acontecía. Sin embargo, en la medida que la comunidad se fue reencontrando en los días posteriores al golpe, los fragmentos se fueron uniendo y superponiendo hasta dar lugar a memorias colectivas. En estos relatos, las fechas, las horas y los días poco importan, más bien las referencias tienen que ver con un hecho global, un “hecho histórico de alta densidad” y el golpe es uno de estos hechos¹⁸.

Las memorias populares, que habitualmente están trabajando como resistencia a la memoria oficial, preservan y recrean en el tiempo aquellos sucesos o experiencias que fueron vividas como relevantes por el pueblo y, por cierto, nos proponen otra narrativa del pasado. Preservan en el sentido que protegen a la experiencia vivida del olvido, y recrean, en el sentido que cada vez que el pasado se trae al presente se lo hace en contextos nuevos, bajo preguntas del presente, de tal modo que las historias son contadas una y otra vez con matices, adjetivos y emociones diversas.

En Chile, la disciplina de la historia ha dado poco espacio a la memoria social popular y por esto los nuevos métodos de la historia oral pueden facilitar un encuentro con la subjetividad de las personas, por cuanto la historia oral nos conecta directamente con la memoria social, tanto en un sentido individual como colectivo. Para los historiadores profesionales, tal vez el mayor desafío sea aprender a dialogar con la memoria, que ha empezado a ser reconocida también como “hecho histórico” y social relevante. Es decir, para el historiador actual, son tan importantes los hechos en sí como los modos en que ellos son recordados por la sociedad.

¹⁸ Mario Garcés, “Memoria e Historia: Las memorias del pueblo” Ponencia presentada al Seminario Historia, Memoria y Educación, Santiago, 17, 18, 19 de julio de 2001, organizado por el Programa de Doctorado en historia de la Universidad de Chile, ARCIS y Sur Profesionales.

Capítulo III

¿Cómo favorecer ejercicios de memoria individual y colectivos?

Todos hacemos la historia

La Nueva Historia Social y, más en particular, la Historia Oral, han ampliado sino democratizado el campo del conocimiento histórico, tanto en un sentido temático como también respecto de quiénes pueden narrar la historia. Este ha sido un fenómeno, con avances y retrocesos, vivido en distintos países y también en distintos momentos históricos, como por ejemplo en los Estados Unidos en los años treinta, con motivo de la Gran Depresión, o en Inglaterra a través de los History Workshop (Talleres de Historia) en los años setenta, que contribuyeron decididamente al desarrollo de la Nueva Historia.

En varios países de América Latina también se han venido desarrollando diversas iniciativas de historia oral con o sin la presencia de historiadores profesionales. En Chile, desde ECO, Educación y Comunicaciones, ya a principios de los años ochenta se desarrollaron los “talleres de recuperación de la memoria popular” con la producción de una serie de diaporamas de la Historia del Movimiento Obrero, los que luego de ser exhibidos, daban lugar a un debate sobre la historia popular a partir de la experiencia de los propios participantes de los talleres. A fines de los ochenta y principios de los noventa, se multiplicaron las iniciativas de “historia local” y muchas organizaciones y ONGs, como el Taller de Acción Cultural (TAC) así como JUNDEP, el CIDE y ECO, produjeron interesantes trabajos de recuperación y recreación de la memoria popular.

En todas estas iniciativas, un principio fundamental ha sido el que todos los participantes se reconozcan con historia, es decir, se ha dejado atrás la visión tradicional de la historia como obra sólo de grandes personajes. Un punto de partida, en consecuencia, ha sido reconocer que “todos hacemos la historia”; todos, hombres, mujeres y niños somos sujetos de historia. En condiciones muchas veces adversas, otras más favorables, estamos cotidianamente construyendo la historia de nuestras vidas, nuestras familias, nuestras poblaciones y nuestras sociedades, en un sentido más amplio.

La experiencia también nos ha demostrado, que recordar y compartir las memorias en una entrevistas individuales o colectivas tiene un efecto tremendamente positivo para el grupo y la comunidad. Como declaraban los participantes de los talleres de memoria popular de ECO, en los años ochenta, “reconocerse con historia” y “sentirse con historia” ponía a las personas de otra manera frente a si mismos y frente a los demás. Abría nuevos horizontes, elevaba

la “autoestima” y hacía sentirse a las personas más sujetos y con sentidos de pertenencia más amplios que los que puede dar la propia familia. Contar la propia historia en una entrevista, es un ejercicio de memoria en que las personas recrean su pasado y descubren nuevos significados para sus vidas. Contar la historia colectivamente, en un taller, reanima a un grupo y le devuelve más confianza en sus capacidades, ya que la propia historia se les presenta como un espejo en el cual observar sus logros y también sus frustraciones, ya no sólo como individuos, sino como grupo, como comunidad, como sujeto colectivo. En este último sentido, se podría afirmar que las experiencias de memoria en dictadura colaboraron con los procesos encaminados a resistir a la dictadura, recreando desde el campo subjetivo condiciones para que sectores del pueblo se reconocieran como sujeto colectivo.

Métodos y técnicas para la historia oral y local

“Método” viene del griego y significa “camino”, mientras que “técnica”, que también viene del griego, significa un “saber hacer práctico”. De este modo, vamos a distinguir entre las etapas, procesos y, más ampliamente, los propósitos metodológicos (que forman parte del método) y las técnicas o las herramientas a las cuales podemos recurrir para hacer historia oral y local. Proponemos entender por “historia oral y local”, en un sentido amplio, a las diversas iniciativas que se proponen elaborar la historia de una persona o grupos de personas que comparten un determinado territorio. De este modo, un proyecto de historia local puede referirse a la historia de una persona, institución u organización, a un conjunto de organizaciones así como a la historia de una población, de un sector de la población o del barrio.

¿Qué método o camino seguir para hacer historia oral y local?

La experiencia de ECO nos indica que lo más conveniente para desarrollar un proyecto de historia oral y local, es considerar al menos tres grandes etapas:

1. En la primera etapa, se constituye un equipo de trabajo que empieza por ponerse de acuerdo en los objetivos del proyecto, diseñando un plan de actividades y asegurando los recursos mínimos para el desarrollo de éste;
2. En la segunda etapa, se ponen en marcha las actividades y el equipo les da seguimiento evaluando periódicamente sus resultados;
3. En la tercera etapa, los resultados del proyecto (sus productos) son devueltos a la comunidad.

Ciertamente, estos pasos variarán dependiendo de la naturaleza del proyecto, pero en cualquier proyecto de historia oral y local, habitualmente se

ponen en movimiento dos procesos: uno, de **animación de la comunidad**, a través de los ejercicios de memorias que se realicen; y dos, de procesamiento de los testimonios o informaciones recogidas, que pueden dar lugar a un “**relato histórico**”. Lo que queremos indicar es que el simple hecho de realizar entrevistas y talleres colectivos provocan animación en la comunidad y hasta una cierta efervescencia colectiva; los grupos al reencontrarse con su historia, se movilizan, generan expectativas, se ven a sí mismos de otro modo, evalúan sus logros, inician nuevas conversaciones, sugieren invitar a otras personas, etc. Esta es siempre una experiencia de un alto valor pedagógico y de un gran sentido político, ya que es en este proceso que la memoria colectiva se estimula, se activa y hace visible a los participantes el sentido de su propia historia. Un proyecto de memoria o historia local puede perfectamente organizarse en torno a este gran propósito y la memoria ser reconocida y valorada como un recurso para la animación y la proyección histórica de una comunidad.

Sin embargo, si el propósito del proyecto es también elaborar un relato o una narrativa histórica, es necesario tener en cuenta otros procesos, aquellos encaminados efectivamente a la elaboración de los testimonios orales así como de otras fuentes más tradicionales en la historia. Ello supone, por ejemplo, grabar las intervenciones, transcribir las cintas, debatir e interpretar lo que se ha escuchado, grabado y transcrito; plantearse nuevas preguntas, buscar otras fuentes, no sólo las orales, que complementen o refuercen cierta información o determinada línea de indagación. Por ejemplo, ir a la búsqueda de documentos tradicionales: cartas, actas de una organización, fotografías, música, productos de la época en estudio, etc., supone también, finalmente, elegir cuál será el método de exposición (¿un relato cronológico, temático, o sólo la edición de los testimonios?) y el formato en que la historia será difundida (¿un libro, un video, una obra de teatro, otro?).

Si un proyecto de historia oral considera los dos procesos, nuestra insistencia es que cada uno de ellos, si bien se relacionan entre sí, tienen exigencias propias. Esquematizando, el siguiente cuadro resume nuestra proposición:

Proyecto de historia oral y local

Animación comunitaria

- Acciones de convocatoria
- Entrevistas
- Talleres
- Encuentros y eventos culturales
- Programas radiales

Elaboración de un relato histórico

- Grabación de entrevistas
- Transcripción
- Recopilación y consulta de otras fuentes
- Interpretación
- Elaboración de un texto

Formato para la difusión

- libro
- vídeo
- obra de teatro
- otros

En esta propuesta que presentamos es muy importante que el equipo de historiadores locales comparta un enfoque de trabajo o un conjunto de “propósitos metodológicos”, entre los que nos parece se deben tener en cuenta al menos los siguientes:

1. Que el equipo de trabajo, sea capaz de ir haciendo un aprendizaje a partir de su propia experiencia, evaluando, auto críticamente su quehacer, valorando sus logros y corrigiendo sus errores, adecuando los plazos a los ritmos de la propia comunidad, etc. Incluso, el equipo puede llevar una especie de “bitácora” del proyecto que le permita mantener un registro de la experiencia, que puede además servir como base para una posterior sistematización del proyecto.
2. Que las actividades que se propongan realizar sean concebidas como actos de comunicación, es decir, como intercambio de experiencias, como diálogo de saberes, de puntos de vista, de valoración del otro y de un escucharse recíprocamente. Las técnicas que se utilicen deben, en este sentido, favorecer la expresión y la participación del grupo; las actividades deben además desarrollarse en un clima de confianza, dando seguridad a las personas que sus testimonios sólo serán usados para los fines del proyecto.
3. Finalmente, un tercer propósito metodológico, en el caso que el equipo se haya propuesto elaborar un relato histórico, implica que éste debe ser compartido con la comunidad antes de ser publicado o difundido más ampliamente. Esta acción le da posibilidades a la comunidad de corregir, agregar, modificar lo

producido y cumplir un rol activo en el proceso de elaboración de la historia local.

Técnicas susceptibles de usar en una iniciativa de historia oral y local

Nos parece que dos son las técnicas más usadas en la historia oral y local; **la entrevista individual y la entrevista colectiva**. Cada una de ellas puede tomar distintas formas y servir a distintos propósitos, pero, lo más importante de tener en cuenta: una buena entrevista es una buena conversación.

La entrevista individual

Existen diversos tipos de entrevistas, pero en términos generales, pueden ser clasificadas en: entrevistas estructuradas, semi estructuradas o no estructuradas. Su uso depende de los propósitos perseguidos. Por ejemplo, si el objeto es conocer más en detalle la percepción que una persona tiene de un suceso o acontecimiento específico, es más recomendable una entrevista estructurada, pero si se trata de acercarnos más ampliamente a la vida de una persona, resulta más aconsejable una entrevista no estructurada o semi estructurada.

Entrevista estructurada. Es aquella en que el entrevistador/a prepara previamente un conjunto de preguntas que luego formula a su entrevistado/a. Su uso se recomienda para aquellos casos en que se busca mayor información o el testimonio de determinadas personas sobre un suceso, tema o acontecimiento específico. También puede ser útil, como se indica más adelante, para una segunda o tercera entrevista con una misma persona, con la que se busca ampliar o aclarar temas particulares surgidos en conversaciones anteriores.

Entrevista semi estructurada. Es aquella en que el entrevistador sugiere temas o pistas muy generales a su entrevistado/a. En esta categoría se encuentra un modelo muy útil para los "relatos de vida". Se trata de un tipo de entrevista que se realiza ocupando una "línea del tiempo". La técnica es la siguiente: Se pone frente al entrevistado una hoja en blanco con una línea horizontal, en la cual se marca en un extremo de la línea, el año de nacimiento del entrevistado y, en el otro extremo, el año en que se está realizando la entrevista.

Relato de Vida de la Señora María

1945

2002

Luego, se solicita al entrevistado que marque en la “línea del tiempo” dos o tres sucesos de su vida que le parecen especialmente importantes, ya sea porque marcaron un giro en su vida, representaron un hito, un cambio, una ruptura, etc. Se le indica al entrevistado que se tome el tiempo que necesite para realizar este ejercicio de memoria. Una vez que el entrevistado ha marcado en la línea del tiempo los hechos o sucesos relevantes de su vida, se inicia una conversación abierta sobre los hechos anotados. Habitualmente, esta técnica ofrece muy buenos resultados, ya que es el propio entrevistado el que se convierte en historiador de su vida. Es él quien define que fue lo importante y el entrevistador simplemente va facilitando sus actos de memoria.

La entrevista se graba, y una vez transcrita, se puede solicitar al entrevistado una nueva entrevista, esta vez con el objeto de profundizar en algunos temas. Ahora, entonces, se recurre a una entrevista estructurada, es decir, con un cuestionario previamente preparado a partir de la primera entrevista.

Entrevista no estructurada. Se trata de un tipo de entrevista en la que no existe ningún tipo de dispositivo previo de preguntas, cuestionario o “línea del tiempo”. Se trata, simplemente, de una conversación abierta, que puede ser útil en la fase inicial de la investigación en que se busca tener algunas imágenes sobre lo que pudo haber sido relevante o significativo de la historia para diversas personas de una comunidad.

En todos los casos presentados, si bien el entrevistado es una sola persona, los entrevistadores pueden ser más de uno, lo que en algunos casos facilita la conversación, ya que lo que un entrevistador olvida, el otro lo recuerda, y más en general, pueden ayudarse mutuamente a lo largo de la entrevista.

La entrevista colectiva

Llamamos entrevista colectiva a aquella conversación que se realiza con un grupo de personas, es decir, allí donde existe más de un entrevistado. Esta forma de entrevista puede tomar distintas formas, pero su denominador común es que se trata de una actividad grupal. En la tradición de la Educación Popular, la entrevista colectiva puede asimilarse a la idea del “taller”, que puede ser definido como una actividad en que el propósito principal es construir juntos un determinado conocimiento o un programa de acción. En el taller, todos los participantes contribuyen con su experiencia y su saber a una producción colectiva de conocimientos.

La entrevista colectiva, como adelantáramos, puede tomar distintas formas. Propondremos tres de ellas. Las dos primeras suponen el manejo de una técnica, mientras que la última es más sencilla.

Entrevista colectiva, con línea del tiempo

Este es un tipo de entrevista en que se dibuja en un papelógrafo una línea del tiempo. En un extremo de ella, se anota una fecha convenida por el grupo; por ejemplo, si se trata de reconstruir la “historia de la población”, se marca allí el año de fundación. Luego, en el otro extremo de la línea, se marca el año actual y, entre una y otra fecha, se anotan las décadas o los años, dependiendo de la antigüedad de la población. Consideremos el siguiente ejemplo:

Historia de la Población La Victoria



El papelógrafo se expone al centro de la sala y luego se reparten dos tarjetas a cada participante (pueden ser una hoja de oficio partida en dos) y se les pide que anoten en cada tarjeta un hecho relevante de la historia de la población. De este modo, cada participante marcará dos hechos importantes de la historia de su población, uno en cada tarjeta. Se da un tiempo de 5 a 10 minutos para que cada persona reflexione, “haga memoria”, y anote el hecho respectivo en sus tarjetas. Luego, se les solicita que uno a uno vayan pasando hacia el papelógrafo y peguen en él cada tarjeta en el año que corresponda al hecho que anotaron. Siguiendo con el ejemplo de la Historia de la población La Victoria, alguien puede anotar como un hecho importante “la toma” que dio origen a la población en octubre de 1957. Esta tarjeta se pega arriba de 1957. Puede que la segunda tarjeta indique como otro hecho importante, las protestas de los años 80. En este caso, la tarjeta se ubica en la década respectiva y así sucesivamente. Una vez que todos han pegado sus tarjetas, el papelógrafo se llenará de hechos significativos para los participantes. Pues bien, luego de terminada esta fase, se pasa a un debate abierto para ponerse de acuerdo entre los participantes sobre cuáles hechos habría que profundizar, qué otras personas entrevistar, qué documentos consultar, etc.

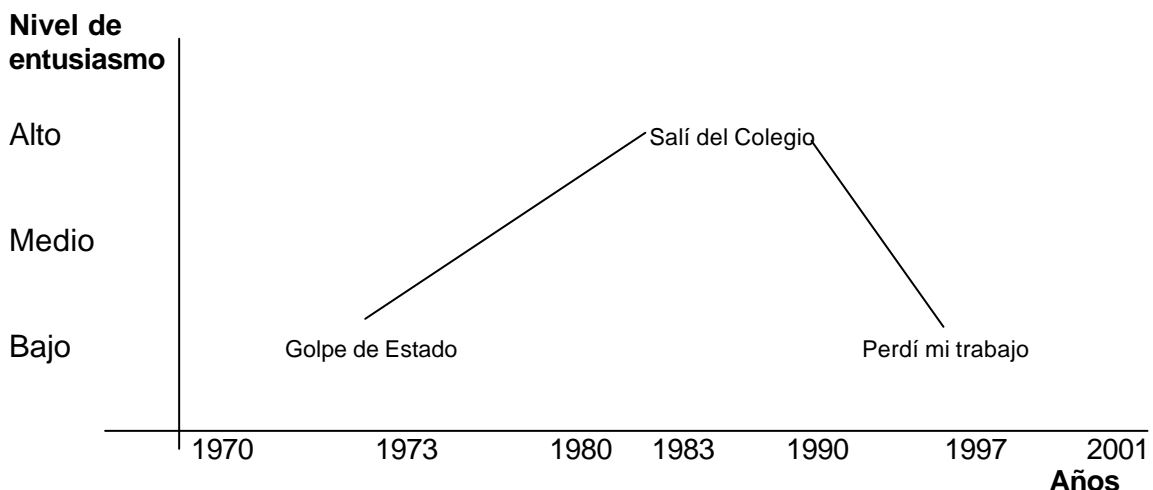
Luego de esta actividad, el equipo que coordina el proyecto quedará con un rico material histórico que recoge la percepción de un grupo de protagonistas acerca de la historia de su población. Puede ocurrir también, que la actividad se repita con otro grupo de personas y aumente el número de hechos o se incorporen otros nuevos.

Entrevista colectiva, con el entusiasmograma

Este es un tipo de entrevista que presenta mayores dificultades, en el sentido que implica más operaciones que la línea del tiempo, y su uso es recomendable para un grupo que se conoce previamente, lo que facilitará el clima de confianza que la actividad requiere. Por ejemplo, si se trata de hacer la historia de una organización social, puede dar excelentes resultados.

La técnica es la siguiente. Se reparte a cada participante una hoja con un diagrama, en el que en una de sus coordenadas se marcan los años y en la otra, los niveles de entusiasmo. Se solicita luego a cada participante que marque en el diagrama tres, cuatro o cinco sucesos importantes de su vida, indicando el año en que ocurrieron y según haya sido su nivel de entusiasmo en el momento que el hecho aconteció. Un ejemplo nos puede ayudar a aclarar la idea: “en 1973 fue el golpe de Estado y allanaron la población. Mis padres tenían miedo, así que mi entusiasmo era bajo”. El hecho se anota en 1973 y frente al nivel de entusiasmo bajo. Otro hecho, “en 1983 salí del colegio y logré continuar estudiando. Mi entusiasmo era alto”. El hecho se anota sobre 1983 y frente al nivel de entusiasmo “alto”. Otro hecho relevante puede ser que “en 1997 perdí mi trabajo y el ánimo se me vino al suelo”. El hecho se anota sobre 1997 y frente al nivel de entusiasmo bajo. Este ejercicio, en su primera fase, es estrictamente personal. Cada persona trabaja por 10 a 15 minutos en su propio entusiasmograma. Una vez que ha terminado, puede marcar sobre el diagrama la línea de sus niveles de entusiasmo, como se indica a continuación.

Ejemplo de entusiasmograma



Mientras tanto, se ha ubicado al centro de la sala un papelógrafo con el mismo diagrama, en gran escala, que se ha entregado a cada participante de la

actividad. Una vez que todos han terminado, se invita a cada persona que vaya pasando frente al grupo y copie su entusiasmograma en el papelógrafo y le cuente al grupo, cuáles fueron los hechos que marcó y por qué sus niveles de entusiasmo. A medida que se van superponiendo en el papelógrafo los distintos entusiasmogramas personales, se van generando zonas de encuentro como zonas de desencuentro. Una vez que todos han terminado, el coordinador de la actividad invita a una conversación en la que se trata de identificar, justamente, los puntos en común, las tendencias al alto o el bajo entusiasmo, las variaciones, etc.

Entrevista colectiva sobre la base de un cuestionario previo

Se trata sencillamente de una reunión de trabajo en que el equipo a cargo del proyecto plantea algunas preguntas o temas de discusión que parece importante debatir. Cuando la reunión se organiza de esta manera, las preguntas o temas se pueden ir formulando uno a uno y cuando ya se logra un acuerdo o alguien habla y el grupo se identifica con esa opinión, se pasa a la pregunta o tema siguiente. Puede ocurrir que sobre un determinado punto no exista acuerdo en el grupo, caso en el cual se puede dejar consignado el desacuerdo. No es necesario, en este sentido, que el grupo se muestre de acuerdo en todos los temas.

Talleres y encuentros con la memoria

Si bien las entrevistas, tanto individuales como colectivas, constituyen las técnicas, podríamos decir fundamentales de la historia oral, también se pueden promover talleres y encuentros con la memoria.

El “taller” recoge, en cierto modo, la tradición de los artesanos, es decir, se trata de una actividad en que, como ya señalamos en el punto anterior, un grupo de personas trabajan juntos en función de una tarea en común. El taller, en el caso de la historia oral y local, debemos verlo como una instancia de elaboración colectiva. En este sentido, el propio grupo coordinador del proyecto puede llamarse a sí mismo “taller de historia de la población...”. Pero también, el grupo coordinador puede convocar a un grupo de personas para conversar sobre la historia y recoger testimonios sobre el pasado. En este caso, también podemos decir que estamos desarrollando un “taller de historia” y la técnica de la reunión puede ser algún tipo de entrevista colectiva, pero también puede ser que un grupo se reúna para juntar fotografías de la población y, a partir del material acopiado, realizar una exposición de fotos que puede ser exhibida en distintos locales comunitarios de la población (la parroquia, la sede vecinal, el municipio, local, etc.). En todos estos casos, usamos indistintamente la expresión “taller”.

Un encuentro, en cambio, puede ser un evento cultural en que se congreguen distintos grupos para compartir los avances del proyecto, o para

realizar un acto artístico cultural centrado en la memoria de la comunidad. El acto puede incluir exposiciones de fotos, canciones, música, poesía producida en la propia población, etc. En estos encuentros, siempre es muy importante contemplar la realización de actividades para los niños. Lo más frecuente, son “las tizadas” (los niños dibujan con tizas en la calle), pero también, si existen los recursos, es posible pensar en concursos de dibujo que más tarde pueden ilustrar la publicación de una historia de la comunidad. También se puede contar con el apoyo de los jóvenes y sus murgas, las que pueden contribuir tanto a la convocatoria como a la animación de un encuentro poblacional.

En verdad, con relación a los talleres y encuentros no hay recetas, sino sólo el principio de elaborar colectivamente o el compartir entre personas o grupos experiencias y memorias de la comunidad. Por ejemplo, la exhibición de un video histórico, sea éste de otra población de la misma ciudad o de una experiencia de memoria realizada en otro país, también puede estimular la memoria y usarse como una motivación para conversar sobre los significados de la memoria propia.

Concursos de historia oral y local

Más que una técnica, un concurso de historia puede ser concebido como una estrategia que puede organizar una iniciativa de memoria en una población, organización social o comunidad. Este, por cierto, puede variar en sus contenidos y también en su extensión y magnitud, dependiendo de los propósitos que se fije el equipo a cargo del proyecto, así como también de los recursos con que se cuenta para difundir la iniciativa y para premiar a los ganadores.

En la experiencia de ECO, hemos ensayado hasta ahora dos tipos de concursos: uno de tipo amplio, dirigido a un gran sector de la población de una ciudad, y otro, más restringido, a la historia de una población. El año 1993, ECO convocó al “1er Concurso de Historias Locales y sus fuentes” en la Región Metropolitana y en la Octava Región (Concepción). Se trató de una convocatoria muy amplia que implicó la elaboración de un afiche (que se distribuyó a colegios y en las estaciones del Metro), visitas a diversas poblaciones y grupos o personas que, desde ECO, sabíamos que estaban trabajando en historias locales. Se recibieron 80 trabajos tanto de Santiago como de Concepción y se premiaron tres trabajos en cada ciudad, los que fueron publicados bajo el título “Historias para un fin de siglo” (Ediciones ECO y Pehuén, Santiago, 1994).

La otra experiencia es la que ECO ha venido desarrollando junto a la Red de Organizaciones Sociales de la población La Legua. En este caso, en el contexto de diversas actividades (talleres, escuela de dirigentes) se convocó a un concurso que buscaba hacer visible la identidad de los leguinos. El concurso incluyó diversos géneros y categorías: (a) Historias de vida: ser mujer; ser joven; ser familia en la Legua; (b) Expresión artística y literaria de La Legua: canciones, poesía y cuentos; (c) Historia de organizaciones. También, en este caso, se formó un grupo de monitores que promovieron el concurso en la Feria el día domingo, en

la comunidad cristiana y en las diversas organizaciones que se agrupan en la RED. Se recibieron 38 trabajos, 15 de los cuales fueron publicados en el libro "Lo que se teje en La Legua" (Ediciones ECO, Santiago, 1999).

Por otra parte, en el contexto de un nuevo proyecto en esta población (Memorias de la violación y de la lucha por los Derechos Humanos en la población La Legua) también se convocó a un concurso de relatos, ensayos, historia de organizaciones y creación artística. Se recibieron 28 trabajos, de los cuales 17 fueron publicados bajo el título "Memorias de la dictadura en La Legua" (Documento de trabajo ECO, Santiago, marzo 2001). Este concurso siguió una estrategia semejante a la del proyecto anterior, pero fue también acompañada de "talleres" para efectos de la elaboración de un relato histórico sobre la experiencia de La Legua en los años de la dictadura¹⁹.

Como se puede apreciar, el concurso puede organizar todo un proceso de memoria en el ámbito comunitario, tanto en el sentido de ir acompañado de otras actividades, como también en su propio desarrollo. En este sentido, de acuerdo con la experiencia realizada por ECO en conjunto con la RED de Organizaciones Sociales de La Legua, es importante tener en cuenta al menos las siguientes fases de un Concurso:

1. Definición de las bases del Concurso. Implica definir géneros, premios, plazos, quiénes pueden participar, extensión de los trabajos, etc.
2. Promoción del Concurso. Implica definir los modos en que éste será difundido en la comunidad, lo que puede incluir la confección de un afiche y un tríptico, visitas a las organizaciones, promoción en lugares públicos o lugares de encuentro de la comunidad. También, puede incluir la realización de actos artísticos culturales, cuyo objeto es entretener, pero al mismo tiempo, promover el concurso.
3. Constitución de un jurado, que de garantías de imparcialidad y respeto, el que se debe pronunciar sobre los trabajos que merecen ser premiados.
4. Acto de premiación. Una vez que el jurado ha deliberado, se puede realizar un acto artístico cultural en el que se haga entrega de los premios a aquellas personas cuyos trabajos merecieron tal reconocimiento.

¹⁹ Este trabajo aún se encuentra en proceso de elaboración y contempló la formación de un grupo de monitores y un total de 24 entrevistas individuales y 12 entrevistas colectivas, además de la edición de un vídeo registro de la experiencia.